

Página en blanco.

De a poco comenzó a darse cuenta que llegaba mucha gente extraña a su casa. Su familia parecía haberse esfumado en el aire, pero no se atrevía a preguntar, tenía tanto miedo de que le dijeran que habían muerto.

Por ello se quedó en silencio, dejó que ocuparan las cosas de la casa, que se desplazaran por los espacios que la habían cobijado por tanto tiempo.

Se dio cuenta que hablaban un idioma distinto, porque cuando las podía escuchar no alcanzaba a entender lo que le decían.

Por alguna extraña razón cambiaron el orden de los muebles y cuando ella dejaba algo en la nevera, lo sacaban de ahí y lo ponían en otra parte, hasta el color de las paredes habían cambiado.

Esperó pacientemente alguna explicación, pero nunca llegó.

Por instantes le parecía oír a su hija que le hablaba desde el jardín y le preguntaba el nombre de las flores, pero cuando se asomaba por la ventana ella no estaba y solo encontraba a esa mujer cuyo rostro no había visto jamás. Le respondía por cordialidad, pero con desconfianza, aunque al parecer sus palabras no eran inteligibles y le respondían con una sonrisa que bordeaba entre el desconcierto, la incredulidad y la tristeza.

Comenzó a acostumbrarse a esta nueva rutina, a esta invasión arrasadora que le borró la vida que tenía de golpe. Sin piedad. Sin ningún miramiento.

Sin embargo, no podía llorar, como lo hubiese hecho tiempo atrás y no tenía fuerzas para oponerse al nuevo orden establecido.

Lo que más extrañaba era el paseo que realizaba por las tardes con su esposo, las conversaciones en el comedor y las caricias que le hacía en su cabello.

Las risas, también habían desaparecido, ¿cómo era reír? Ya ni siquiera podría reconocer las risas de sus seres amados, si lograban regresar a su lado. Eso la angustiaba de manera terrible.

Sin darse cuenta buscaba la puerta de salida, pero ya no podía abrirla, ahora siempre estaba cerrada con llave.

¿Es posible que el mundo haya cambiado tanto, que ya no podía salir?

¿Tal vez el barrio desapareció también?

¿La tenían secuestrada?

¿Estaría bajo un embrujo?

Mejor no pensar.

Pero la verdad es que ya no podía pensar, se le atropellaban las palabras, las ideas, las cosas, los rostros y luego desaparecían como una burbuja de jabón, dejándola como una marioneta abandonada en un teatro vacío.

Trató de tomar su tejido, pero no pudo recordar cómo coger los palillos, estaban tan rígidos y los puntos parecían jugarle una mala pasada, se le enredaba la lana y no podía seguir ningún patrón mental para tejer sus manteles, chalecos o cuánta cosa se le ocurría crear.

Eso no podía ser más obra que del demonio, pensaba.

Alguien quería volverla loca, hacerla que explotara para romper cuanto objeto tuviese cerca o saliera corriendo despavorida como una delirante... Pero aguantaba.

De todas las nuevas prácticas, que debió aprender, la que no pudo aceptar fue la presencia de ese hombre en su cuarto, si bien es cierto la trataba con afecto, ella no podía permitirle que la tocara y que por nada del mundo se acostara con ella, si su marido no estaba o se había ido, eso no le daba derecho a permitirle ese atrevimiento. Por lo menos logró que se le respetara esa condición. Aunque nunca entendió por qué él lloraba al salir de la habitación y la miraba con tanta tristeza cuando abría la puerta, después de golpear, para preguntarle si necesitaba algo.

No supo cuánto tiempo pasó en esa soledad, en ese desprendimiento salvaje de la existencia, pero fue lo suficiente para incluso olvidar su nombre.

Comenzaron a no existir los días, desaparecieron los rostros, no encontraba las palabras, su memoria era una página en blanco, donde los recuerdos se desvanecieron como la nieve que se deshace entre los dedos, como un suspiro que se pierde en el aire, ya ni siquiera los instintos se dignaron a quedarse en ese cuerpo que sostenía su no vida.

Así la esperaba la mañana. Así la recibía la noche. Como un libro no escrito todavía.